



FERNANDO SEBASTIÁN AGUILAR, *SEIS VOCACIONES EN LA IGLESIA*, EDITORIAL BAC (POPULAR 258), MADRID 2023, 309 PÁGINAS

Fernando Sebastián Aguilar, CMF, nació en Calatayud el 14 de diciembre de 1929 y falleció en Málaga el 24 de enero 2019. Desempeñó diversas responsabilidades docentes y pastorales. Fue Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, Arzobispo Coadjutor de Granada y finalmente Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela (29 marzo 1993 - 31 julio 2007). El Papa Francisco lo agregó al colegio cardenalicio el 22 de febrero de 2014.

En el desarrollo de los variados encargos que le fueron asignados en su dilatada trayectoria, aparece siempre con nitidez la talla de un pastor cercano a su pueblo, la de un hombre de copiosas y acendradas virtudes humanas, adornado de una vasta cultura y una profunda e intensa espiritualidad. Dotado de una aguda inteligencia y de una enorme capacidad de comunicación, supo analizar con brillantez la sociedad y la coyuntura en las que vivió. Sobresalió como gran conversador, experimentado negociador y prolífico escritor. Tiene en su haber numerosos libros y publicaciones en revistas especializadas.

Desde 1967 fue profesor de la Pontificia Universidad de Salamanca, siendo rector de la misma entre 1971 y 1979. Su interés académico se focalizó en los primeros años de su itinerario docente en la Mariología y en la Teología de la vida religiosa, pero paulatinamente su inquietud le llevó a ampliar sus investigaciones y estudios abordando igualmente y con original incisividad argumentos de Eclesiología y Pastoral de los Sacramentos. Su mirada escrutó asimismo temas de corte antropológico y puntos salientes de la doctrina social de la Iglesia, como la presencia de los cristianos en la sociedad, el compromiso personal para la transformación del mundo, el trabajo por la paz y la justicia, etc. Su vertiente como profesor, orador, conferenciante y misionero se vio engrandecida por la claridad y franqueza de su exposición, la fluidez y pulcritud de su estilo literario

y la vigorosa valentía de sus pronunciamientos. De sus manos salieron importantes documentos de la Conferencia Episcopal Española, infinidad de cartas pastorales, artículos de prensa, apuntes de clase, manuales, etc.

Desde el año 2007, acabado el ejercicio de su ministerio episcopal en Navarra, fijó su residencia en la diócesis de Málaga, de la que durante un tiempo fue Administrador Apostólico (agosto 1991-mayo 1993). En esa capital andaluza, querida y muy admirada por él, impartió con entusiasmo cursos en el Seminario Diocesano y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la misma ciudad. Como Arzobispo emérito fue igualmente solícito en la predicación, en retiros al clero, religiosos y cofradías, prodigándose asimismo en multitud de conferencias por toda España.

En su afán por impulsar a los cristianos de nuestro tiempo para que dieran coherente testimonio del Evangelio, en los últimos años de su vida, el purpurado fue elaborando un buen ramillete de enjundiosas y avezadas reflexiones, en las que conjuga armónicamente intrépida libertad, sed de apertura y minucioso conocimiento de la doctrina bíblica, espiritual, teológica, así como de la realidad eclesial y social. Nunca se arredró este ilustre evangelizador ante las cuestiones que le formulaban sus interlocutores, ni respondió con evasivas. Sus razonamientos no quedaron atrapados en alambiques mentales o en sesgadas disquisiciones. La lectura de sus escritos y cartas pastorales evidencia, más bien, que a su autor lo que realmente siempre le preocupó es que los cristianos se convencieran de que su única meta es ser santos.

En concreto, en esta obra, el autor no se cansa de subrayar que la santidad es la misma para todos. Consiste en el seguimiento y en la imitación de Cristo y se centra en el cumplimiento del mandamiento del amor como norma suprema y universal de vida: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Desde esa atalaya, don Fernando asevera que el Evangelio puede germinar ferazmente en los corazones y convertirse en clave y energía para hacer frente con acierto a los retos que nos asaltan.

El cardenal muestra la santidad como la perspectiva unificadora de la vida cristiana. En ella radica lo esencial de la misma. Imitando a Cristo, siguiéndolo con radicalidad, el hombre alcanza su plenitud. Una vida santa es una vida arraigada en el Evangelio. Una vida así es fuente de humanidad, es luz que disipa tinieblas, medicina que cura y fermento que transforma. Desde la caridad vivida en grado sumo, que en eso consiste la santidad, a partir de esa roca, la vida adquiere firmes fundamentos. Esa propuesta requiere invitación, anuncio, iniciación, conversión, fe viva y formación cristiana de la persona. El camino de la Iglesia, su misión primordial, está en fortalecer la fe de los creyentes, animarlos a la santidad de vida y promover desde ahí su presencia

y trabajo en la sociedad. Insiste el purpurado en que es preciso mostrar ante la sociedad el valor humanizador del Evangelio, de la fe en Dios, del amor fiel y generoso como lo entendemos y vivimos en la Iglesia. Esa certeza condujo a don Fernando a escribir infatigablemente, siempre con la intención de sacar su pensamiento a la luz cuando fuera conveniente.

Pues bien, las consideraciones que recopila este volumen que ocupa nuestra atención beben de esa fuente y prolongan esas ideas. Un núcleo les da sentido: “Tenemos que tener muy claro que sin una experiencia personal de la fe en Cristo y en Dios no hay base firme para la vida cristiana” (p. 106). Dicho de otro modo: “Es claro que la verdad y la autenticidad de nuestro ser cristiano está reclamando una Iglesia en la que se marquen más las novedades aportadas por Jesús, la novedad de vida que él ha traído al mundo. Una Iglesia en la que los cristianos hayan vivido un acto expreso y suficientemente fundamentado de su decisión de fe en Jesucristo, en Dios, en la Iglesia católica. Y no basta un grado cualquiera de personalización de la fe, la santidad es «presupuesto fundamental» para la renovación de la Iglesia, para el anuncio del Evangelio y la extensión de la fe en el mundo” (p. 37).

El que tengamos entre las manos esta hermosa monografía se debe al magnífico trabajo del sacerdote navarro José Gabriel Vera Beorlegui, licenciado en Ciencias de la Información, en Filosofía y Teología por la Universidad de Navarra, director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social en la Conferencia Episcopal Española y profesor de Comunicación Institucional en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Hemos de dar las gracias asimismo a la prestigiosa editorial BAC, que ha tenido el acierto de incluirla en su valioso y nutrido catálogo con el título: *Seis vocaciones en la Iglesia*.

Don José Gabriel recibió un ingente material que el cardenal había producido como contribuciones suyas para diversos foros y circunstancias. Gracias a este presbítero diocesano de Pamplona, a su tesón, paciencia y sabiduría en la selección, vertebración y disposición de las abundantes cuartillas redactadas por don Fernando Sebastián, muchos lectores se beneficiarán de las atinadas consideraciones de este insigne aragonés, que inició su servicio episcopal apacentando la grey de León (1979-1982). Vera no se ha limitado sencillamente a maquetar un texto. Ha tenido que ordenarlo, distribuirlo en capítulos, evitar repeticiones, etc. Lo ha logrado colmadamente. Merced a su espléndido empeño, afirmaciones de don Fernando que hubieran quedado olvidadas han sido recogidas en este ensayo y pueden resonar entre nosotros.

El libro, tras un prólogo firmado por Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela (pp. 11-14), se estructura en una sabrosa introducción (pp. 15-20) y seis capítulos.

En distintas ocasiones percibe el lector a lo largo de esta monografía que el cardenal, óptimo conocedor del panorama cultural en el que desarrollaba su quehacer evangelizador, era consciente de la urgencia que la Iglesia tiene de reforma para cumplir su labor en las actuales circunstancias. Pero sabía bien que dicha reforma no debía llevar al pueblo de Dios a renunciar a su identidad para emular ingenuamente el pensamiento vigente. Para el discípulo del Maestro, la genuina adaptación a las necesidades de los tiempos mana de la fidelidad con la que sigue las huellas de Nuestro Señor Jesucristo y de la hondura de su conversión. La adaptación no es contraria a la conversión; ni la conversión excluye la adaptación. Forman un binomio inescindible, en el que ambas se reclaman e iluminan recíprocamente. Por eso los santos son los únicos que abren nuevos caminos para la vida de la Iglesia. “La Iglesia de Jesús es más moderna cuanto más fielmente vive y presenta la vida original del Evangelio, la vida de Jesús con sus primeros discípulos. Lo antiguo es nuevo, y lo nuevo se nos ha hecho viejo” (p. 17). Desde esa convicción, y no ignorando que los bautizados han de buscar la forma concreta de vivir y anunciar en el mundo de hoy la maravilla de la doctrina cristiana, la vida al estilo de Jesús, don Fernando, en esta obra, recorre y desglosa, de modo ciertamente atrayente, directo, sin circunloquios ni retóricas soporíferas, algunas de las sendas por las que puede transitar concretamente la existencia cristiana en la hora presente de nuestra Iglesia y de nuestro mundo. Ahora bien, esta publicación no pretende ser un examen exhaustivo de la materia que estudia desde un punto de vista académico, plagado de referencias bibliográficas o de citas de autores clásicos. Para nuestra fruición nos encontramos ante frases breves, luminosas, dirigidas por el purpurado a la mente y al corazón del lector para que se pregunte con sinceridad el modo concreto en el que puede dar gloria a Dios y servir a los hermanos.

Determinadas afirmaciones del autor para algunos pueden venir cargadas de atrevimiento y arrojo. Son hipótesis que el purpurado plantea con caridad pastoral desde su formación teológica y eclesiológica, a la luz de las exigencias que lo circundan, intentando hacer progresar la doctrina sin traicionarla, en esa manera sincera que tenía de trenzar fidelidad con bizarría. Son estos los ingredientes que permiten, por ejemplo, entender supuestos como el siguiente: “En las zonas rurales, o en barrios muy populosos, un presbítero podría contar con tres o cuatro presbíteros «de segundo orden», hombres casados, bien preparados, y consagrados como ministros de la eucaristía, que puedan presidir la celebración de la eucaristía dominical en otros tantos puntos de la parroquia. Como apareció en la Iglesia un primer desdoblamiento del ministerio sacerdotal entre obispos y presbíteros, para atender mejor a las necesidades del pueblo de Dios, podría aparecer ahora un tercer grado del ministerio, un presbiterado de

segundo orden, que se otorgara a hombres casados, capacitándoles únicamente para presidir la eucaristía. Estos presbíteros de segundo orden podrían trabajar conjuntamente con un presbítero de primer orden que coordinara su actuación y con los cuales pudiera atender de manera más cercana y asidua a una comunidad cristiana muy numerosa o a varias comunidades pequeñas dispersas en una comarca. La Iglesia de hoy tiene la misma capacidad de adaptación que la Iglesia de los primeros siglos. La razón suprema en la vida y organización de la Iglesia no es el continuismo, sino el mejor servicio al anuncio del Evangelio y a la vida de las comunidades cristianas. Anunciar lo esencial del Evangelio no es refugiarse en las alturas de las cosas eternas sin comprometerse con los acontecimientos de la vida cotidiana” (p. 273).

Don Fernando no ignora que las propuestas son siempre discutibles. Cuando las esboza su convencimiento es que “la Iglesia no se edifica con las leyes, sino con la fe y el amor. Pero la complejidad creciente de la vida, la universalidad del Evangelio y las exigencias de la evangelización nos están pidiendo con fuerza una revisión profunda del modo histórico de estar y actuar en el mundo de la única Iglesia de Jesús” (pp. 247-248).

Lo que el cardenal presenta en este volumen es un evocador repertorio, un lúcido estudio, un sencillo abanico de senderos de vida cristiana. No están todos, ni sobre todos se profundiza con la misma intensidad. Por ejemplo, sobre el diaconado transitorio o permanente solamente encontramos algunas pocas alusiones. Pero, como he dicho, esta obra no es un tratado sistemático. Sebastián Aguilar es consciente de que hay otras vocaciones posibles, y de que cada una de las que él examina puede ser enriquecida, puede plasmarse con nuevos y especiales acentos, dependiendo no pocas veces de momentos y postulados diversos. Sabe bien el purpurado que sus reflexiones son solamente una aportación, ejemplos y notas precisas, bosquejadas eso sí con seriedad, esmero y anhelos de servicio. “Lo que aquí encontrará el lector, dice el autor de estas reflexiones, es sólo una muestra. Lo importante es ponerse en presencia de Dios, con entera claridad y confianza y hacer ante él la oración de la vida: «Señor, ¿qué esperas de mí?, ¿qué quieres que haga contigo y por ti?». De esta oración nace la vida verdadera” (p. 20). Al respecto, don Fernando presenta, en el primer capítulo de este ensayo, a los fieles laicos como portadores de la misión de la Iglesia (pp. 21-62). En el segundo capítulo, se detiene en la familia cristiana (pp. 63-122). En tercer lugar, Sebastián Aguilar pasa revista a la vida de especial consagración (pp. 123-175). Posteriormente, reflexiona sobre los institutos seculares (pp. 177-208). A continuación, el libro recoge cuanto el autor afirma sobre las vírgenes consagradas (pp. 209-226). El capítulo final de esta publicación se dedica al ministerio sacerdotal (pp. 227-309).

En definitiva, recorrer esta obra es percibir que todos los cristianos, por el mandamiento del amor, estamos llamados a la perfección y a la santidad. Dios llama como quiere y cuando quiere, a su modo y manera. Ahora bien, cada bautizado ha de descubrir lo que el Señor desea de él. Ha de individuar los designios de la Providencia en su vida, Providencia que le abre horizontes de eternidad. En este sentido, estas sugerentes páginas revelan la importancia de que el cristiano, con conciencia recta y encendido fervor, medite cómo personalizar en su existencia lo que Cristo le está pidiendo. ««Dios mío, ¿qué quieres de mí?, ¿qué tienes pensado para mí? Señor, ¿qué quieres que viva y haga contigo?». Esta es la oración de todo cristiano convertido, de todo cristiano verdaderamente creyente, de todos los que adoramos a Jesús como Hijo de Dios y Señor nuestro, salvador del mundo” (pp. 19-20). Por consiguiente, la vocación cristiana no surge de nosotros, sino de la bondad y de la misericordia de Dios que nos ha querido crear a su imagen y semejanza. Por eso mismo es una llamada universal. Todos estamos invitados a amar a Dios sobre todas las cosas. Pero hay formas diferentes de vivir este precepto. Don Fernando, sin medias tintas, ha querido plasmar la belleza y policromía de seis maneras de seguir a Cristo, cada una diferente de la otra, pero todas vinculadas por el ardor de encarnar la santidad cristiana en nuestros días.

En esta monografía, el cardenal ha pergeñado la grandeza de cada una de las propuestas que Dios sugiere al bautizado, sus escollos y posibilidades, sus gozos y límites. En cada vocación se presentan unos retos, un quehacer, un camino para vivir la caridad de modo pleno y fecundo. En el origen de esa diversidad, Sebastián Aguilar indica, y de manera muy gallarda, la imperiosa necesidad de una pastoral de la santidad, de un dinamismo evangelizador que presente la vida cristiana como una vocación, como la llamada a una intimidad y estrecha configuración con Jesús, sabiendo que de esa fuente brotarán generaciones de jóvenes que descubran en Cristo el quicio de su vida y, por tanto, la provisionalidad de todo lo terreno y la urgencia de que cada uno se convierta, desde su condición, en constructor del Reino. “Las vocaciones nacen cuando la fe ilumina con fuerza la visión del mundo y de la vida, cuando el amor de Cristo se apodera de nosotros y llega a ser determinante en nuestra vida. Una vida cristiana bien dirigida nos tiene que llevar a orar así: «Señor, aquí estoy, tuyo soy, qué quieres de mí». Ese es el momento vocacional. En realidad es la misma situación espiritual que pide san Ignacio en sus ejercicios para elegir estado: «Tomad, Señor, y recibid todo mi ser. Todo es vuestro. Dadme vuestro amor y gracia que esto me basta». Pero para llegar aquí, antes hay que asimilar bien las conclusiones del «principio y fundamento». Aquí no hay alcorces ni condescendencias” (p. 296).

Hemos de agradecer realmente que la BAC haya sacado este libro. Encendido en pasión evangelizadora, don Fernando aparece como una persona conquistada por Cristo que busca con vehemencia compartir con otros el fuego de amor a Dios y al prójimo que abrasa su alma. Esta obra póstuma, con variadas tonalidades, de maneras diversas, ambiciona un solo objetivo: que los cristianos muestren por doquier la originalidad y la novedad, la felicidad y la originalidad que supone entender la vida y desplegarla de acuerdo con el ejemplo y la doctrina de Cristo. Cuando eso ocurre, todo lo demás cambia y se vuelve tangencial. Del encuentro con Jesús, nace una vida nueva, que atrae y colma de plenitud. Esto fue lo que les pasó a los apóstoles, a los primeros cristianos, a los mártires y a cuantos abrieron su existencia al Espíritu Santo. Descubrieron su existencia transformada. Una existencia que únicamente merecía la pena si era vivida en santidad, es decir, como respuesta de amor al amor que Dios sembró en nuestro corazón. “Esta nueva vida comienza por el reconocimiento de Dios, la gratitud y la alabanza, el amor de Dios sobre todas las cosas. Y se expresa en el cumplimiento del mandato del amor como norma suprema y universal de vida. Todo tiene que rehacerse desde el amor de Dios arraigado en nuestros corazones. Las demás cosas vendrán por añadidura. Los planes, los proyectos, las convocatorias, no valen de nada, si no arde en nuestros corazones el fuego del amor de Dios, si no vivimos del todo poseídos por el amor y el Espíritu de Jesús. Desde esta consideración básica del ser cristiano, es una cuestión secundaria el que dentro de la comunidad aparezcan vocaciones distintas y formas diferentes de vivir los elementos cristianos comunes para el buen servicio de la comunidad. Obispos, presbíteros, consagrados y cristianos seculares la inmensa mayoría, todos tenemos los mismos elementos comunes de vida y todos compartimos la misión común de continuar la obra de Jesús viviendo y anunciando los bienes del reino” (pp. 24-25).

De esta publicación, por tanto, aprendemos que, más importantes que los rasgos específicos de las diferentes vocaciones cristianas, es el contenido común de descubrir y vivir la propia vida como respuesta a la llamada paternal de Dios, arraigados en el Hijo Jesucristo quien nos dice a todos: “Deja lo que tienes, sígueme y vete a anunciar el reino de Dios” (cf. Mc 10,21). Esta vocación común a la santidad tiene diferentes formas y se adapta a las circunstancias de cada persona, pero ninguna determinación específica o personal puede ocultar o desfigurar la riqueza de la vocación de todo cristiano a vivir la fe, la esperanza y la caridad sin tibiezas ni componendas.

Llegado al final del volumen, creo necesario reproducir unas palabras del entonces cardenal Joseph Ratzinger, en la conferencia que pronunció en el Congreso internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II, organizado

por el Comité para el Gran Jubileo del Año 2000, y que don Fernando trae a colación en este libro para apoyar sus razonamientos. Me parece que pueden servir de aliciente para embarcarse y animarse a la lectura de esta preciosa obra, a la vez que constituyen un resumen de la misma. En efecto, el que luego fuera Obispo de Roma con el nombre de Benedicto XVI, en la susodicha ocasión no dejó de destacar que la santidad es el objetivo intrínseco de la Iglesia, lo que es más esencial a su existencia. Se trata de “cumplir la voluntad de Dios, de que en el mundo exista espacio para Dios, de que pueda Dios habitar en él y así el mundo se convierta en su «reino». La santidad es algo más que una cualidad moral. Es el habitar de Dios con los hombres, de los hombres con Dios, la «tienda» de Dios entre nosotros y en medio de nosotros (cf. Jn 1,14). Se trata del nuevo nacimiento, no de carne ni de sangre, sino de Dios (cf. Jn 1,13). La orientación a la santidad es lo mismo que la orientación escatológica y, de hecho, ahora esa orientación a la santidad, a partir del mensaje de Jesús, es fundamental para la Iglesia. La Iglesia existe para convertirse en morada de Dios en el mundo, siendo así «santa»: por ser más santos se debería competir en la Iglesia, y no sobre mayores o menores derechos de precedencia, ni sobre quién debe ocupar los primeros lugares” (pp. 146-147). Palabras inmarcesibles que jamás debemos postergar.

Fernando Chica Arellano